



ACADEMIA CHILENA  
DE CIENCIAS SOCIALES  
POLÍTICAS Y MORALES

## Lanzamiento del libro “Benedicto XVI, el Papa de la Modernidad”

**Ponencia: de Carlos Peña**

**19 de julio de 2023**

...que voy a examinar brevemente, desde luego, en el mismo orden que ahora mismo paso a enunciar.

La primera cuestión, me parece a mí, debiéramos conversar, a propósito de este estupendo libro, es relativa a la novedad del mensaje cristiano. ¿Cuál es la novedad del mensaje cristiano? Qué dice el cristianismo, podría uno preguntarse leyendo este libro, leyendo la obra de Ratzinger, que no haya sido dicho por los teóricos de la justicia, por los expertos en la autoayuda que nos ayudan a soportar las tribulaciones de la existencia, por los sociólogos, por los políticos. En suma, qué hay en el mensaje cristiano que lo hace indispensable. No será, podría uno preguntarse políticamente, que si los cristianos enmudecieran no perderíamos nada porque lo que dicen uno también lo escucha realmente a veces en boca del político, del teórico de la justicia, del moralista, etcétera. Esta es la primera cuestión que me parece a mí que debiéramos reflexionar.Cuál es la novedad del mensaje cristiano, qué perderíamos si los cristianos no lo hicieran.

La segunda, que me parece también de interés, luego de leer la obra de Ratzinger, una cuestión que a mí me ha interesado realmente mucho, es la situación del cristianismo o más bien de una religión convencida de su verdad como es el cristianismo en el mundo plural, en el mundo moderno. El mundo moderno es un mundo atravesado, infectado, inundado de controversia donde coexisten puntos de vista muy disímiles, acerca de la condición humana, acerca del futuro, acerca de los límites de la existencia.



En este mundo plural, atravesado como digo por discrepancias a veces irreconciliables, puntos de vista inconmensurables los unos respecto de los otros, cuál es el lugar de un monoteísmo convencido de su verdad, como ocurre con otra pregunta relevante que está en el centro, por lo demás, del planteamiento de Ratzinger.

Y la última cuestión que yo querría considerar, es la de qué nos enseña la lectura de Ratzinger y de la teología en general acerca de la cultura. Yo creo que esta es una pregunta fundamental para una universidad, especialmente una universidad católica como esta, donde yo, dicho sea de paso y aunque ustedes no lo crean, estudié.

Examinemos el asunto, o los asuntos que acabo de sugerir en el mismo orden. Cuál es la novedad del mensaje cristiano. Esa es la primera pregunta.

Hay quienes piensan -y la cultura pública en Chile está inundada de esas voces- creo yo, hay quienes piensan, digo, que la novedad del mensaje cristiano consiste en ser portadora de un punto de vista cercano a la Iglesia. Hay otros que piensan que la novedad y la importancia del mensaje cristiano consiste en que nos ayuda a consolarnos de las tribulaciones de la vida, de las pedradas del destino. Hay otros que ven en el cristianismo un sucedáneo, por decirlo así, de diversas formas de autoayuda. Hay quienes piensan que lo propio, lo novedoso del cristianismo es que nos provee un cierto código de comportamiento moral.

¿Será esa la nueva era del cristianismo? Mi opinión es que a la luz de la obra brillante de Ratzinger es que ésa no es la novedad del cristianismo. Más bien la novedad del cristianismo, creo yo, aparece brillantemente expuesta en la disertación inaugural que Ratzinger, entonces un joven teólogo, dio en la universidad alemana cuando se posicionó de la cátedra de teología y reflexionó acerca del Dios de la fe.

Qué dijo entonces Ratzinger. Yo creo que vale la pena volver sobre esto. Ratzinger dijo que había dos dioses en la cultura occidental, el Dios de los filósofos, dijo él, y el Dios de la fe.

El Dios de los filósofos era algo que uno podía leer y encontrar todavía, desde luego en la obra de Platón o de Aristóteles por mencionar estos autores clásicos



donde Dios, el Dios de los filósofos, aparece como un motor inmóvil. Ustedes saben que para Aristóteles el movimiento requería un punto de inmovilidad que desatase el movimiento que da vida desde el punto de vista del pensamiento antiguo. Aristóteles entonces dice, o llama Dios a este motor inmóvil, a este punto gracias al cual todo se mueve sin que él por su parte sea movido por fuerza alguna. Éste es el Dios de los filósofos, el Dios absoluto, digamos.

Ratzinger en esa brillante disertación, que Jaime Antúnez conoce muy bien, dice que la novedad del cristianismo radica en que el Dios de los filósofos es un Dios absoluto, un Dios distante, un Dios escondido. La novedad del cristianismo es que hace que ese absoluto, que se llama Dios en la tradición antigua, tenga sin embargo una relación personal con cada uno de nosotros. Entonces el Dios de la fe se caracteriza, dice Ratzinger, porque Dios deja de ser ese absolutamente otro, lejano, distante, que mueve el mundo, ese Dios escondido, que pasa a ser un Dios que, sin embargo, y no obstante ser Dios tiene una relación personal cara a cara con cada uno de nosotros. Esta es la novedad del mensaje cristiano, que, si hay un Dios, lo interpela a cada uno de ustedes. Este tránsito del Dios del absoluto de los filósofos, al Dios de la fe, es el gran aporte, es la novedad. Esta es la buena nueva finalmente del cristianismo.

Cuando el cristianismo dice o recuerda que Cristo es hijo de Dios, que Cristo es Dios que se hizo hombre, como dice la Escritura ¿verdad? para hacernos ricos con su pobreza, esa afirmación quiere decir que el Dios absoluto de los filósofos se transforma en un Dios personal, en un Dios que lo interpela con el que usted puede conversar, un Dios que no obstante ser absoluto, sin embargo, se hace hombre, irrumpe en la historia y ahora tiene un sentido.

Esta es la novedad del mensaje cristiano. Por supuesto de esta derivan otras cosas, deriva una cierta modalidad debido a una cierta antropología, pero lo fundamental es exactamente esto, ¿verdad? el tránsito del Dios ocioso, como lo decían los clásicos, los antiguos, a este Dios personal. Piensen ustedes que, en la poesía chilena -no quiero extender esto demasiado- hay un poeta que dice estas cosas de manera más elocuentes que cualquier teólogo.

Hay un poeta Eduardo Anguita, que ustedes seguramente conocen que creó un gran poema que se llama "Vida, Razón y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo".



ACADEMIA CHILENA  
DE CIENCIAS SOCIALES  
POLÍTICAS Y MORALES

Anguita dice allí, lo parafraseo porque no lo recuerdo exactamente del todo, dice, “Nuestro Señor Jesucristo subió al calvario por el Chico Molina, murió exclusivamente por la señora Hortensia, por los caldeos, los intermediarios, los soberbios. Pero no sigamos”, dice Eduardo Anguita, “no sigamos preguntándonos por qué criatura murió Nuestro Señor Jesucristo. Todos sabemos que él padeció por mí, solo por mí, exclusivamente por mí”. Yo creo que no hay una manera más estupenda, más esplendida, que ese poema de enseñar, de explicitar la novedad del mensaje cristiano que consiste, permítanme reiterarlo, en transformar el Dios absoluto de los filósofos, en el Dios de la Fe. Esta es la primera cuestión que yo les voy a decir.

La segunda cuestión que denantes anuncié es distinta, claro, y es la pregunta de cómo comprender la situación del cristianismo en la actual cultura moderna, porque si tuviéramos que caracterizar la modernidad debiéramos caracterizarla, siguiendo a Max Weber, como una especie de panteón. Max Weber dice, “el problema de la modernidad no es que no tenga Dios, es que tiene demasiado, es decir, hay demasiadas convicciones últimas en vista de las cuales las personas están dispuestas a arriesgarlo todo”. Pues bien, si la modernidad es exactamente esto, es un mundo plural, un mundo donde se entreveran, colisionan, disputan entre sí distintos puntos de vista radicalmente distintos, a veces inconmensurables unos con otros. En un mundo como ese, cuál es el lugar cabría preguntarse, de un monoteísmo convencido de su verdad como el cristianismo. Esta es la gran pregunta, este es el gran problema del cristianismo en la modernidad, y es el gran problema del que se ocupó Joseph Ratzinger, de ahí el título del libro de Jaime Antúnez.

Hay quienes piensan, o por lo menos así yo lo veo desde cierta distancia, hay quienes piensan que en realidad si un cristiano es tolerante, debe poner en duda su propia convicción. Entonces hay quienes dicen que una verdadera actitud en el espacio público democrático consiste en decir que la verdad que yo tengo podría no ser verdad, y en consecuencia decir no, no, en el espacio público en realidad comparecen puntos de vista muy distintos, pero no sabemos realmente quién tiene la verdad de su lado, y en consecuencia decimos el espacio público está habitado por puntos de vista finalmente misteriosos, cuya verdad nos es negada y nos va a ser siempre negada, de manera tal que la única actitud posible en el espacio



público, incluso los creyentes, los creyentes convencidos es que disimulen su convicción y aparezcan en el espacio público como sujetos tolerantes, capaces de entender que ellos podrían estar equivocados y que sus interlocutores podrían finalmente tener la verdad.

Esta es la actitud que suele sugerirse para comparecer en el espacio público contemporáneo, esta actitud de total tolerancia. Este es un punto de vista que a veces seduce a algunos cristianos... y tiene el problema, ese punto de vista que acaba relegando, recluyendo, las propias convicciones en el espacio privado y negando ese mandato de ser la sal del mundo, que ustedes seguramente recuerdan. O sea, un cristiano que se niega a defender la verdad en la que cree y que para participar del espacio público democrático entonces la pone en paréntesis, la oculta, la inhibe, la relativiza, a veces incluso la niega, a cambio de cultivarla en secreto, me parece a mí que traiciona este mandato, sin ninguna duda. Pero este es un punto de vista que efectivamente existe en la sociedad contemporánea.

La otra alternativa, la otra alternativa, es creer que la tarea de un cristiano consiste en ganar la adhesión de la mayoría, y entonces el dorar este punto de vista, morigerarlo, atenuarlo, no mostrarlo en toda su radicalidad, sino que limarlo, limar asperezas, evitar los excesos, evitar la locura de la cruz digamos, y transformar entonces el cristianismo en una especie de ideología soft, donde se resigna parte de la propia convicción, a cambio de expandir el número de los creyentes.

A mí me parece, siendo yo no creyente, que ambos son errores y el gran aporte que puede hacer el cristianismo, me parece, al debate contemporáneo, consiste en afirmar sin ambages, sin remilgos, sin relativizaciones la verdad en la que cree, en el entendido, claro, que la verdad en la que cree, es una verdad extremadamente exigente y una verdad para la cual, creo yo, la cultura contemporánea tiene poco oído, porque es una verdad que consiste en sostener que Dios se hizo torturar, que padeció en la cruz, que la muerte en realidad es una victoria, que el sufrimiento tiene un sentido. Ese tipo de cosas son las verdades que atesora el cristianismo. Si un cristiano no es capaz de decir esto, y de creerlo firmemente y de pensar que el gran acontecimiento histórico es la muerte de Cristo en la cruz y eso le confiere



sentido al tiempo, por ejemplo, si un cristiano no es capaz de decir eso, y de defenderlo, me parece que le está haciendo un flaco favor a la fe que dice tener.

Pero hoy día lo que yo veo como un observador del debate público, es más bien cristianos livianos, que ya no creen en estas cosas y que decoran lo que creen, lo disimulan, lo suavizan, transforman el cristianismo en una especie de ideología soft, cuando todo el vigor del cristianismo radica en la radicalidad de su mensaje y radica en la idea de que un cristiano de veras tiene que estar convencido que hay una verdad que él atesora no para imponerla coactivamente al resto, pero sí para proclamarla porque si un cristiano no cree eso, entonces no está siendo cristiano. Podrá ser una buena persona, un moralista, una persona preocupada de la justicia social, lo que ustedes quieran, cristiano en el sentido teológico de la expresión no lo va a ser, si tiene esa actitud. El cristiano tiene que abrazar la verdad en la que cree y defenderla y proclamarla. En eso consiste me parece a mí, ser creyente.

Y la tercera cuestión, porque la primera, recuerden ustedes era si acaso había alguna novedad genuina en el cristianismo, y lo que dije fue que la noticia genuina de un cristiano, es que hace del Dios absoluto, un Dios personal. Esto es sorprendente. Si ustedes se fijan bien, afirmar que hay un absoluto, un absolutamente otro, al que llamamos Dios, que sin embargo tiene una relación personal con cada uno de ustedes, es una cosa sorprendente, seductora, gigantesca, grandiosa, ahí radica la grandeza del mensaje cristiano para quienes adhieren a él.

Y la segunda cuestión que he mencionado es el tema de la verdad. Hay que abandonar, yo no debiera decir esto, pero lo voy a decir, hay que abandonar este catolicismo, este cristianismo descafeinado que tantas personas cultivan a la carta, un mensaje adecuado a los vientos del tiempo, adecuado a las audiencias que se niegan como digo, a defender la verdad que cualquier persona que vive el cristianismo sabe que el cristiano debe resolver.

Y la tercera, y última cuestión -para no extender en demasía esta intervención mía- es como dije al comienzo, la cuestión de la cultura. Qué nos enseña acerca de la cultura la obra de Ratzinger. Yo creo que esta es una pregunta fundamental, y a mí me parece que cuando uno lee a Ratzinger, y lee esta magnífica obra de Jaime Antúnez, lo que advierte es que la cultura es la manera que tiene el ser humano de vérselas con la misma problematicidad de la existencia.



Qué es esto de la problematicidad de la existencia. La problematicidad de la existencia está dada por el hecho de la muerte, ¿no? Fíjense ustedes que Simone de Beauvoir, en sus memorias, en el último tomo, que se llama, “La Fuerza de las Cosas”, cuando ella está vieja, Simone de Beauvoir dice, “de pronto recuerdo los jardines que me emocionaban en la adolescencia, los sueños que tuve cuando era madura, los entusiasmos que sentía cuando escribía, y ahora me voy a morir”, dice “estoy vieja y descubro que todo eso era un engaño, porque me voy a morir. Miro para atrás”, dice, “y mis sueños de adolescencia, mis proyectos de vida, los libros que escribí, parecen nada”. Esta es la problematicidad de la existencia humana, y lo que uno advierte al leer a Ratzinger, es que estamos en presencia de un teólogo que pone esto en el centro de la teología.

Es decir, la fe como la define el propio Ratzinger es una decisión existencial acerca de la problematicidad del propio existir, no es una forma de conocimiento, como algunos creen, no es que el que tiene fe sepa cosas que aquellos que no tenemos fe, carecemos, no, no. La fe es una posición ante la problematicidad de la existencia.

Ustedes recuerdan, sin duda, por supuesto, la carta de Pablo a los tesalonicenses. Los tesalonicenses eran griegos como ustedes saben, a quienes Pablo intenta convertir. Les cuenta Pablo que según la fe que él cree y que tiene, según la revelación, hay que esperar la segunda venida de Cristo, y los tesalonicenses que eran gente más bien tosca al parecer, le insisten mucho a Pablo en las cartas, que les diga, “bueno, pero cuándo viene, cuando llega. Nos estás anunciando que venía, dínos cuando”. La primera carta de los tesalonicenses es una cosa extraordinaria, que creo yo pone en el centro este tema de la problematicidad de la existencia y la fe como una decisión existencial, que es como la caracteriza Ratzinger, y es lo siguiente. Pablo en esa carta, en la primera carta les dice, parafraseo, “ustedes no han entendido nada porque para un cristiano no importa cuándo llegará la segunda venida. No importa cuándo, importa el cómo de la espera, es la actitud de espera la que importa, la que constituye a un cristiano para evitar que cuando venga”, dice San Pablo, una fórmula que se repite muchísimo en las escrituras hasta donde yo recuerdo, “para evitar que cuando venga nos sorprenda como un ladrón en la noche”. Existir evitando que la existencia nos sorprenda como un ladrón en la noche, este es el centro, creo yo, realmente, de lo cristiano como existencia, como vivencia existencial y me parece que esto aparece brillantemente



ACADEMIA CHILENA  
DE CIENCIAS SOCIALES  
POLÍTICAS Y MORALES

expuesto en la obra de Ratzinger, y no queda más entonces que agradecer al Académico Jaime Antúnez habernos recordado todo esto.

Muchísimas gracias